



## ALGUNOS CUESTIONAMIENTOS QUE NOS CONCIERNEN

Enrique Tenenbaum

Para practicar y transmitir el psicoanálisis no es necesario hablar en jerga. Si así lo hiciera, si hablara en jerga, le pido encarecidamente al host que me mutee.

Uno de los frecuentes cuestionamientos al psicoanálisis es la duración de los tratamientos y la difícil comprobación de los resultados. ¿No es, acaso, una terapia -dicen-? Si así lo fuera, una escala de satisfacción ofrecida al cliente podría relevar el estado de las cosas. Pero nada asegura que dicha satisfacción recorra parejamente las exigencias del Yo y del Superyo. El problema que Freud situó de entrada es que lo que resulta satisfactorio para una hipotética instancia psíquica no lo es para otra, por lo que el síntoma resulta una solución de compromiso, y no una conducta anómala que debe ser modificada o un déficit a corregir. Si un análisis resulta terapéutico, ya lo señalaba Freud, lo será por añadidura, cuando el síntoma se diluya en razón de haber sido analizado -en el sentido químico del término, es decir: disuelto- y carecer por lo tanto de incidencia perturbadora en la vida del sujeto.

Otro cuestionamiento frecuente es en cuanto a la formación de los analistas, lo que suele plantearse, también, en términos de comprobación. ¿Cómo se forma un analista y cómo se comprueba que es idóneo para dirigir una cura? Aquí también se filtra la cuestión del tiempo. A la pregunta por la duración de un análisis Freud respondió que primero era necesario conocer la marcha con la que se pueda avanzar. En las computadoras de los autos hay una función que indica cuántos kilómetros se podrá recorrer con la nafta disponible en el tanque, lo que se denomina autonomía. El argumento de esa función es constantemente modificado por el tipo de conducción, la velocidad promedio, las aceleraciones y frenadas, la oposición del viento, de modo que no hay un valor ni preestablecido ni mucho menos constante para anticipar cuándo deberemos buscar una estación de servicio y volver a aprovisionarnos. El análisis, por otra parte, no avanza en línea recta, sino recorriendo una y otra vez los rizos de la historia, lo que Lacan denominó *historizarse*.

Por otra parte, si intentamos, en función del lema imperante en este mundo globalizado “*time is money*”, si intentamos abreviar la cura, o la formación, lo haremos a expensas de una pérdida, la pérdida misma del campo freudiano. Un análisis es largo, sépanlo. Y si se lo pretende abreviar desconociendo el valor de la interpretación de las formaciones del inconsciente, si se lo pretende abreviar imponiendo una política de sesiones siempre breves en vez de respetar un tiempo de las sesiones acorde a la dinámica de la transferencia y al tiempo lógico, es posible que se llegue muy rápido, es verdad, pero a... ¿a dónde?

Las autopistas son muy útiles cuando uno quiere llegar muy rápido a alguna parte predeterminada. Y eso es muy bueno, porque no se pierde tiempo disfrutando del paisaje ni aventurándose uno en senderos bellos pero peligrosos. Directo al grano, como lo quería Freud utilizando la hipnosis. Las autopistas informáticas operan igual: el buscador de Google nos hace llegar muy muy rápido... a los lugares comunes. No, el psicoanálisis no es una práctica que vaya acorde a la lógica de la eficiencia. Su eficacia hay que situarla en otro lugar. Y quien se quiera formar como analista tendrá que disponer de tiempo y de dinero, porque...

Porque otro de los cuestionamientos al psicoanálisis es el costo en metálico que requiere, el costo en dinero. Hace poco, en una entrevista que me hicieron en una radio, para un programa de divulgación, me preguntaron por qué es tan caro analizarse. ¿Qué contestar a esa pregunta? ¿Es realmente caro? ¿Los psicoanalistas somos acaso gente de dinero, que vamos por las rutas con autos deportivos, viajamos en primera en vuelos transatlánticos, depositamos nuestros excedentes en dólares en cuentas off shore? No, Freud ya nos había advertido que el dinero es, apenas, un sustituto fálico. Pero eso no respondía a la pregunta que me hicieron. Analizarse puede ser caro, pero más caras resultan la enfermedad y la tontería, como señalara Freud.

Aquí se abre otro problema, otro cuestionamiento. No podría haber una tarifa regulada para la práctica del psicoanálisis. No es una práctica que pueda sindicalizarse, ni regularse por ninguna entidad, ni privada ni estatal. No admite un nomenclador. Es un estricto acuerdo entre partes. En dicho acuerdo, que al menos en mi práctica se conviene en las entrevistas preliminares, está subvertida la lógica misma del capitalismo: el que paga por analizarse es el que realiza el trabajo, el trabajo que Lacan llamó tarea analizante. Y cada analizante define, mide, si se puede decir así, qué valor tiene para él el trabajo de análisis, cuánto está dispuesto a perder, en términos de dinero, para ganar en especias.

Se dice que el psicoanálisis no es para las clases populares, porque no pueden pagarlo. Pues bien, permítanme recordarles que en verdad el psicoanálisis no es para los ricos, porque los ricos, como lo enseñara Lacan, lo ricos nunca pagan. Que dispensen dinero no implica que paguen, porque pagar significa desprenderse de algo valioso para recibir otra cosa. No resulta extraño, aunque sí produce un poquito de escozor cuando ocurre, que quienes más se resisten a un ajuste de honorarios por inflación sean los ricos.

Así que los analistas, por suerte, no nos hacemos ricos con nuestro oficio. Y es por eso que podemos, a veces, deponer el narcisismo, ofrecer la castración, y volver a analizarnos cada tanto. Lacan sugería hacerlo cada cinco años, no como un *service* o una verificación técnica de un auto, sino como un ejercicio -no voy a hablar ahora de la topología que lo rige- el ejercicio de hacerse escuchar de un modo singular, de no olvidarnos de lo que implica ser escuchados, y ser escuchados de un modo muy particular.

Volvamos a la cuestión de la formación. En este ámbito, el de la universidad, la enseñanza está reglada, es decir: regulada. Se trata de verificar que el alumno haya recibido la información necesaria para que se lo habilite con un título para el ejercicio de una práctica. Claro que, como ocurre con otras carreras, un título habilita sólo para una cosa: para ejercer una determinada práctica, también reglada. Así, un licenciado en filosofía no se convierte en filósofo por tener ese título, un licenciado en letras no se convierte en escritor por detentar ese título, un licenciado en ciencias políticas no se convierte en político. Por suerte no hay título, seriamente hablando, de psicoanalista. No hay título habilitante para la práctica del psicoanálisis. Cuando entendí eso descolgué de la pared de mi consultorio de entonces mi título de médico -yo agradezco el gesto de haberme nombrado doctor para este simposio en la universidad, pero aclaro que no he hecho estudios de doctorado ni me parapeto en los títulos conseguidos: los tengo guardados, no los expongo-.

Y éste resulta otro cuestionamiento más, y sostenido casi con indignación: ¿cómo que no hay título, acaso no es una práctica profesional? Les pregunto a ustedes, que gastan sus ojos y las teclas de sus computadoras en esta facultad: el psicoanálisis... ¿es una profesión o es un oficio? Qué dilema. Veamos. Hay una teoría psicoanalítica, que viene avanzando desde hace ciento veinte años, y que por definición nunca será completada. Eso ocurre para cualquier disciplina que se pretenda científica. Pero para con nuestra práctica, resulta que ese no acabamiento, ese no completamiento, resulta inherente a las bases mismas sobre las que nos situamos; es nuestro fundamento, al que Lacan lo llamó de variadas formas: no hay Otro del Otro, no hay universo de discurso, no hay relación sexual. Un lógico francés, Jacques Ives Girard lo plantea a su modo, dice que las ciencias se dirigen a la realidad que pretenden cernir por medio de un fantasma de transparencia, fantasma que supone que a cada pregunta le corresponde una respuesta, y que si no obtenemos todas las respuestas será por una deficiencia, por una falta de saber, por algo que se debe rellenar como se rellena el depósito de agua de una cafetera. Para este lógico, que se sitúa en la historia de su disciplina de esta manera, no será posible recubrir completamente lo real por lo simbólico, y afirma que esa pretensión conduce inexorablemente a los fundamentalismos. Y eso resulta claramente así, puesto que la falla en el saber suele ser nombrada con un nombre conocido por todos. Veamos...

Un tal Newton, hace una pila de años, escribió unas fórmulas llamadas por él de la gravitación universal. Ellas explicaban cómo giraban los planetas de nuestro sistema solar alrededor de su estrella. Pero él sabía que sus fórmulas eran inexactas; si los planetas se guiaran por ellas el sistema colapsaría. Nosotros sabemos que eran inexactas porque no disponía de ciertos elementos de cálculo que serían inventados un tiempo después, ¿Y qué decía Newton sobre las inexactitudes? Que Dios corregiría la marcha de los planetas en los puntos flojos de sus fórmulas. La hipótesis de Dios es la que sustenta esa falla entre el saber y lo real.

Lacan intentó durante años producir fórmulas, matemáticas, nudos, escrituras al fin, que permitieran transmitir integralmente al psicoanálisis. No lo logró. Pero no fue un fracaso no haberlo logrado, sino que, por el contrario, resultó un punto de llegada: el psicoanálisis es intransmisible de manera integral. Algo escapa a las fórmulas, y lo que escapa lo hace, precisamente, debido a la inexistencia de un Otro consistente y completo -reconocerán la procedencia lógica de este enunciado: un modelo matemático es o bien consistente o bien completo, desde que Goedel abordó la cuestión-. Pues bien, si no hay Otro del Otro, ¿cómo se avala una formación?, ¿cómo se nombra a alguien para la supuesta profesión de analista?

Por el lado del oficio, en cambio, la cosa parece más sencilla: hay uno que sabe el truco, que enseña en su atelier, en su taller, en su consultorio, enseña y transmite su saber hacer a los candidatos, a los aprendices, a aquellos que incluso comienzan una práctica aún antes de disponer de todas las herramientas. Freud lo llamó análisis didáctico. Podríamos incluir en esta dimensión a las llamadas supervisiones o análisis de control.

En un caso se trata de un saber formalizable y parcialmente formalizado, en el otro caso se trata de la transmisión de un saber hacer. Ambos son necesarios, no va uno sin el otro, no basta con estudiar toda la obra de Freud y todos los seminarios de Lacan. No basta pero es necesario. Tampoco basta con haber transitado un análisis hasta el fin. No basta pero es necesario. Lacan lo dijo así: el analista es al menos dos, el que produce efectos y el que a esos efectos los teoriza. Notamos aquí que el que produce efectos es el que conoce su oficio, el que sabe hacer, el que aprendió el truco. Y el que los teoriza es aquel que, lo sepa o no, se sirve del corpus doctrinal del psicoanálisis para sostener la ética de sus intervenciones. Lacan planteaba que el analista no tiene por qué saber lo que dice, pero tiene que saber por qué hace lo que hace.

Yo suelo prolongar ese aforismo lacaniano que dice que el analista es al menos dos. Yo sostengo que el analista es al menos tres: el que produce efectos, es decir el que tiene oficio, el que a esos efectos los teoriza, es decir que los pone en relación con una episteme, y el que transmite a otros la articulación entre ambos, entre el oficio y la profesión, aquel que da testimonio de su práctica en una instancia tercera, la que solemos llamar el psicoanálisis en extensión, las prácticas de escuela.

Para terminar. He mencionado apenas algunos de los cuestionamientos al psicoanálisis, mencioné el tiempo y el dinero, la no verificabilidad de sus resultados, su relación a las teorías científicas, su peculiar manera de transmitirse. Mencioné también este triple anudamiento entre eficacia, teoría y testimonio, ubicables ciertamente en un nudo de tres consistencias, en el cual ninguna de ellas tiene prioridad sobre las otras. Este anudamiento hace a la autorización del analista, y este es otro cuestionamiento reiterado que recibimos: los psicoanalistas hacen sectas, son oscurantistas, hablan en lenguas, no se avienen a las convenciones científicas, etc etc

Quiero decir, a modo de provocación, ciertamente, que el cuestionamiento que más me preocupa, es el que proviene de los analistas mismos y de las mismas así llamadas instituciones psicoanalíticas, cuando ofrecen títulos, cuando se convierten en iglesias, cuando regulan las prácticas, cuando se erigen en un supuesto Otro del Otro pretendiendo barrer con la dificultad mayor respecto de la formación del analista: a causa de que no hay transmisión integral, cada analista está forzado a reinventar el psicoanálisis. Para bien o para mal lo tiene que hacer cada uno. Y el modo en el que lo reinventa no podría ser regulado ni autorizado ni garantizado por ninguna institución. Lacan nombró a las asociaciones que pretenden hacerlo SAMCDA, “sociedad de ayuda mutua contra el discurso analítico”.

Así que nuestra responsabilidad mayor es la de asumir la inexistencia del Otro, que algunos remiten la muerte de Dios de la que hablaba Nietzsche; y asumir las consecuencias de esa inexistencia bien puede homologarse con el paso del fin de análisis. Eso no implica rechazar las instancias imaginarias y simbólicas de la formación ni la de las prácticas de las llamadas instituciones. Pero en lo real de nuestro oficio nos encontramos solos y sin títulos con los que intentar cubrir nuestro desamparo. Y eso, eso no tiene cura.

Como decía un ilustre boxeador argentino, de quien tal vez hayan oído hablar, Ringo Bonavena, “cuando suena la campana estás solo y semidesnudo. Hasta el banquito te sacan”